

LA ÚLTIMA FAROLA.

Una vez le preguntaron qué era lo que más miedo le daba. Para ella, la respuesta era fácil: la última farola.

Iba caminando hacia su casa una fría noche de invierno, a eso de las ocho y media. Todos sus amigos seguían por la calle, pero él no la dejaba salir hasta tarde; de hecho, casi no la dejaba salir.

Mientras caminaba, iba pensando en la escena que se encontraría al llegar a casa. ¿Qué pasaría esta vez, cuál sería el motivo de su enfado? ¿Sería su turno? ¿Quizás el de sus abuelos? ¿Su madre, o tal vez sus hermanos? En realidad, nadie tenía nunca la culpa.

Casi sin quererlo, llegó a ese punto en el que se detiene todos los días. La última y larga recta, repleta de farolas, y entre cada una de éstas, una oscuridad inmensa, una oscuridad que la aterraba, pero la reconfortaba que siempre había otra farola, otro foco de luz. Excepto en la última.

Al cruzar la última farola, siempre le daba la impresión de que sus miedos, sus pesadillas, y con ellos, la oscuridad, se intensificaban.

Esa era la recta en la que reflexionaba a medida que avanzaba, en la que se preguntaba a sí misma: “¿por qué las cosas no pueden ser distintas? ¿No puedo hacer yo nada para cambiarlo? Siempre he pensado que cada uno somos libres para elegir, para tomar nuestras propias decisiones, puesto que la vida es para participar y no para observar. A lo mejor él quiere que seamos solamente observadores, míseros espectadores. A lo mejor sólo quiere protegernos de los peligros que hay fuera. Pero él tenía que entender que, también hay cosas buenas, sólo hay que saber encontrarlas; en una idea, un recuerdo, una canción, una persona... Quizás, lo que realmente pasaba era que, a lo que él tenía miedo era a que nos pasara algo, a perdernos. Aunque estuviera equivocado en las maneras, puede que la intención fuera buena”.

Y así, llegó a la última farola, donde se detuvo de nuevo.

Había unos treinta metros aproximadamente desde allí hasta la puerta de su casa. Treinta metros sin una sola luz, aparte de la que desprendía la brillante y redonda luna.

Avanzó lentamente hasta la puerta y permaneció en silencio para poder escuchar lo que pasaba dentro, pero al no detectar sonido ni movimiento, supuso que todos dormían.

Entró lo más sigilosamente posible, y tras cerrar la puerta de nuevo con llave, se escabulló rápidamente a su habitación.

Y, tras este relato, comprenderéis por qué nadie la entendía cuando le preguntaban qué era lo que más miedo le daba, y ella respondía que la última farola.

- Casiopea.